DANIEL ENTRIALGO

LA TUMBA DEL COSMONAUTA

Era la URSS quien iba a ganar la carrera espacial, pero una muerte lo cambió todo

ESPASA

DANIEL ENTRIALGO

LA TUMBA DEL COSMONAUTA

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 5 15/12/20 16:46

ESPASA NARRATIVA

© Daniel Entrialgo, 2021
© Sorfoto/Universal Images/Gelly Images, por foto p. 306;
y © Fina Art Images/Heritage Images/Getty Images, por foto p. 478
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B.455-2021
ISBN: 978-84-670-6144-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

1
Von Braun

Huntsville, Alabama (Estados Unidos), octubre de 1957

—Lo han lanzado, profesor. Los rusos se nos han adelantado.

Wernher von Braun lleva hoy su habitual uniforme de cóctel. Esmoquin de gala azul medianoche con solapas de terciopelo, pajarita reglamentaria a juego y una copa de *dry martini* jugueteando entre sus finos dedos de pianista. Como una luciérnaga en época de apareamiento, va saltando de corrillo en corrillo, irradiando esa irresistible luz de marfil en la sonrisa. Besos suaves de satén para ellas en sus manos enguantadas y palmaditas cómplices de perfecto anfitrión para ellos en la espalda. Con su pulcra raya peinada a un lado —a lo Cary Grant— y ese bronceado inconfundible de las playas del Golfo de México —aún visible en estos primeros acordes del otoño—, el aspecto del profesor Von Braun se ajusta más al de un galán de cine maduro que a la imagen estereotipada de un sobrio ingeniero aeronáutico, circunspecto y reflexivo. A sus cuarenta y cinco años, es el director y máximo responsable del centro de investigación y desarrollo espacial de Redstone, propiedad del ejército de los Estados Unidos, con sede en Huntsville, Alabama. Escritor y divulgador de éxito, rostro habitual de la televisión, ingenioso conversador en fiestas de la alta sociedad, asesor científico de Walt Disney, conferenciante carismático y, sobre todo, la mayor autoridad conocida en diseño de cohetes y misiles balísticos del mundo entero. O al menos del mundo libre, puntualizaría algún puntilloso.

Un camarero de etiqueta se le acerca por detrás y le susurra algo al oído. «Una llamada urgente, profesor. En la otra habitación». Von

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 23 15/12/20 16:46

Braun abandona la sala de baile en busca del teléfono mientras la orquesta arranca los primeros compases de una delicada melodía de Perry Como.

—Radio Moscú lo acaba de anunciar —le comunica uno de sus ayudantes al otro lado de la línea—. El satélite ya se ha acoplado a la órbita de la Tierra. A estas horas debe estar girando como un jodido *hula-hoop*.

Von Braun cuelga el auricular con un golpe brusco y su semblante risueño se esfuma. Los tragos de ginebra se le agrian en las paredes rugosas del estómago. Alza la mirada y descubre su propio reflejo en un gran espejo del salón. Se ve ridículo, vestido de pingüino.

—Mientras estoy perdiendo el tiempo aquí, haciendo relaciones sociales y jugando a las casitas —piensa—, ellos acaban de alcanzar la historia.

Regresa a la fiesta enrabietado y busca con la mirada al invitado de honor, Neil McElroy, el nuevo secretario de Defensa. Lo lleva a un aparte y lo sujeta del antebrazo, educadamente, pero con firmeza.

—¡Se lo advertí! —exclama alterado—. Les dije que los rusos estaban muy cerca de conseguirlo. Envié varios informes al ministerio avisando de ello, pero no me hicieron ni caso. Podíamos haberlo construido nosotros. Aquí, en Redstone, hace ya tiempo. Poseemos la tecnología y el talento humano suficiente. Lo único que necesitábamos era que esos malditos burócratas del Pentágono nos dieran vía libre. Pero no. Prefirieron entregarle el proyecto a la Marina y su patético *Vanguard*. Y ya ve, ahora nuestros adversarios van por delante en el marcador.

—¡Cálmese, profesor! —le tranquiliza McElroy—. Esto no es un partido de baloncesto. Mañana mismo vuelo hacia Washington. El presidente acaba de convocar una reunión de urgencia. Quiere valorar la nueva situación.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados! —continúa Von Braun—. Mi equipo sería capaz de lanzar un satélite americano en menos de setenta días. Me comprometo a ello. Le doy mi palabra. Dígaselo al presidente.

—Está bien, profesor, haré lo que pueda —concluye McElroy—, pero ya sabe cómo son estas cosas. Intereses, presupuestos y política.

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 24 15/12/20 16:46

Mucha política. Antes de bañarse en el río, hay que comprobar primero si uno hace pie.

Cuando Von Braun retorna a la fiesta, una dama de cabello ondulado le asalta por sorpresa.

—Prometió sacarme a bailar, profesor. ¿No lo habrá olvidado? —le susurra pizpireta con un dulce acento sureño.

Accionado por un botón de ignición, Von Braun vuelve de inmediato a sonreír cortésmente y acompaña a la mujer por el talle hasta el centro del salón. Aunque los talones de sus zapatos de charol dancen en grandes círculos sobre la pista, su cabeza gravita en circunferencias más alejadas. Ahora mismo, sus pensamientos flotan más allá de la estratosfera.

Una luz incandescente que parece emerger de las mismas entrañas de la estepa ilumina de un fogonazo la noche cerrada de Kazajistán. Desprende un intenso brillo azulado, similar al de las llamas de un hornillo de cocina. La envergadura del objeto humeante que está a punto de despegar bien podría alcanzar la altura de un edificio de cuatro plantas, aunque su estructura es más afilada y curva, diríamos que incluso hermosa. En el futuro, pasará a ser conocido como cohete espacial, aunque en puridad no se trate más que de un misil balístico intercontinental modificado, el R-7 *Semyorka*, de fabricación y diseño soviético, un arma voladora en cuya punta hueca ha sido alojado —en lugar de una ojiva nuclear— un pequeño artefacto revolucionario: el primer satélite artificial de la historia de la humanidad.

Alojados en los riñones de la nave, los motores comienzan a inyectar propelente líquido a chorros en las cámaras de combustión, empezando a arder a gran temperatura. Para obtener aún más potencia, cuatro *boosters* o aceleradores, alineados en forma de cruz en la base del proyectil, escupen al exterior el aliento de fuego de un dragón. Debido a la presión, el gas caliente generado intenta expandirse, agitándose violentamente en derredor, pero las toberas canalizan su furioso escape en la dirección opuesta a la trayectoria deseada. Tercera Ley de Newton. A cada acción le corresponde una reacción igual, pero en sentido contrario. Huida hacia abajo, empuje hacia el cielo.

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 25 15/12/20 16:46

En un empeño titánico, el descomunal armazón metálico se va poniendo de puntillas poco a poco, liberando sus tobillos de las cadenas que lo engarzan a la plataforma de lanzamiento, evaporando toneladas de combustible en su esfuerzo, tensionando y elevando su propio peso —como un gimnasta en un ejercicio de anillas— hacia la noche estrellada. Un derroche de energía tan desproporcionado y mastodóntico como imprescindible. La única manera posible de adquirir la suficiente velocidad de escape como para derrotar a la fuerza de la gravedad, esa ventosa invisible que nos mantiene pegados al suelo terrestre. Porque, en realidad, un cohete no es nada más que eso. Un tirachinas de dimensiones colosales. La catapulta que el hombre ha necesitado construir para lanzar al exterior un diminuto guijarro.

Los primeros instantes son los más decisivos. Cualquier pequeña fisura en el fuselaje, la más mínima chispa imprevista, puede provocar una explosión accidental. Las probabilidades de error no son nada desdeñables. Pero este cuatro de octubre de 1957 todo parece ajeno al fracaso. Una jornada única y singular para enmarcar en el nacimiento de un nuevo tiempo: la era espacial.

Trescientos veinticuatro segundos después del despegue, transitando ya por las capas más externas de la atmósfera, el *pasajero* se separa del módulo central de la nave para entrar en una trayectoria elíptica alrededor de la Tierra, un paseo que ahora deberá completar en solitario. Es una esfera perfecta, pulida como un espejo, realizada en aleación de aluminio. Suma un diámetro, similar al de una enorme pelota de playa, de cincuenta y ocho centímetros. Ha sido montada mediante el sellado hermético de dos carcasas semiesféricas idénticas y su interior ha sido presurizado con un relleno de nitrógeno inyectado a uno punto tres atmósferas. En un principio, alguien pensó en dotarle de forma cónica, una configuración quizá algo más aerodinámica. Pero el Diseñador Jefe fue tajante en este aspecto. Apeló a Platón y a su teoría sobre la armonía de las esferas. A la belleza de la simetría. La ética de la estética frente a lo meramente práctico. «Algún día, este objeto será expuesto en un museo», sentenció. «Que al menos sea bello».

Redondo y macizo como un balón de ochenta y tres kilos, pero con bigotes de roedor en la nariz. Son sus cuatro antenas, finas como una vibrisa de ratón, de casi tres metros de longitud cada una. Alimenta-

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 26 15/12/20 16:46

das por unas baterías de plata y zinc, sus dos transmisores de radio enviarán señales regulares a la Tierra en una frecuencia que oscila entre los veinte mil y cuarenta mil megaciclos. Será el particular latido del satélite, un pitido cósmico que podrá ser sintonizado por cualquier aparato —incluso uno doméstico— aquí abajo. Un *bip-bip* que llegará hasta nuestros oídos procedente del espacio exterior y que, para los soviéticos, portará en sus ondas electromagnéticas la impronta indeleble de la hazaña conquistada, el perfume del triunfo.

Una vez alojado cómodamente en su órbita, el satélite ya no precisará de más energía para continuar su viaje. Podrá dar vueltas y vueltas a nuestro planeta sin necesidad de comprar boletos en la taquilla del carrusel. Las leyes de la inercia y la gravedad serán suficientes para mantenerlo en constante movimiento. Como el cartel luminoso de unos grandes almacenes, en medio de la galaxia más concurrida del universo, mostrará con orgullo su nombre a aquel que pueda leerlo. Lo lleva inscrito en su lomo brillante, grabado con buril en alfabeto cirílico.

—Los rusos lo han lanzado, profesor. Lo llaman *Sputnik 1*.

Von Braun regresa a casa desde la fiesta en su Mercedes color menta. Ha bajado la capota. Tan solo el firmamento descansa sobre sus cavilaciones. De vez en cuando, aparta la mirada de la carretera y, de modo instintivo, la dirige hacia las montañas, más allá del límite del horizonte. Ha calculado mentalmente que el satélite debe tardar poco más de noventa y seis minutos en completar cada órbita, a unos novecientos y pico kilómetros de altura en su apogeo. No está nada mal para un objeto tan pesado. Nada mal. Se lo imagina cayendo a plomo desde la negrura, atravesando el parabrisas y aplastándolo en una irónica mueca del destino, como en una de esas disparatadas escenas de Tom y Jerry. Pero lo cierto es que los rusos han demostrado saber hacer muy bien las cosas. Muy bien. Todo el mundo se burlaba de ellos, los consideraban un hatajo de aldeanos, un país agrícola y atrasado que combatía en zuecos contra la modernidad de Occidente. Pero ahora son ellos —los comunistas— los que van por delante, dejándolos en evidencia ante el mundo entero. Vuelve a mirar de reojo a

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 27 15/12/20 16:46

las alturas y se detiene en un diminuto lunar rojizo que parece moverse muy lentamente. ¿Por dónde demonios andará ahora mismo?

—Me pone también una cajetilla de cigarrillos, por favor.

Von Braun ha parado en una gasolinera de las afueras de Huntsville, cerca ya de su casa. Vive en una urbanización de nueva construcción. Dos plantas, porche, jardín vallado y garaje. La típica postal del sueño americano. Él fue uno de los primeros en comprarse allí una propiedad, pero luego la mayoría de los técnicos e ingenieros de su equipo le copiaron. Ahora, forman una pequeña colonia. El barrio de los alemanes, lo llaman. Aunque algunos bromistas lo han rebautizado con otro apodo: *La colina del chucrut*.

—Una cajetilla de cigarrillos, por favor —insiste—. De esos de ahí.

Pero el hombre que atiende el establecimiento continúa impasible. Lleva un peto desgastado y una gorra de béisbol en la cabeza. Le mira fijamente a los ojos, con una intensidad que fluctúa entre el desafío y el desprecio.

Von Braun recorre con sus pupilas la pared sobre las que descansan las estanterías del tabaco y descubre una vieja fotografía enmarcada. Hay un chico joven en ella. Está vestido de uniforme. Inocente como un ternero.

—Era mi hermano —irrumpe la voz del hombre—. Murió luchando en Normandía, en el 44. Lo mataron sus compatriotas. Su cuerpo está enterrado allí mismo, en Omaha Beach. Nunca pudimos traerlo de vuelta a casa.

Von Braun asiente en un gesto imperceptible, se disculpa y abandona la gasolinera en silencio. Cuando está saliendo, alcanza a escuchar algo más. Una frase débil pero nítida. Parece llegar desde una esquina oscura de su pasado.

—Maldito nazi engreído, hijo de puta.

La tumba del cosmonauta (Daniel Entrialgo).indd 28 15/12/20 16:46